

el trabajo de reforma (1). Santoni había ya preparado diligentemente el terreno. Visitó parroquias, reformó monasterios y dictó buen número de saludables ordenaciones para la corrección del clero secular. La activa abnegación del nuncio en ejercitar los ministerios espirituales con todas las clases del pueblo, su celo en inculcar el celibato en el clero y la clausura en los monasterios, así como sus eficaces ordenaciones para la formación de un buen sacerdote se elogian justamente (2). Además de los jesuítas favoreció especialmente a los capuchinos. De grandes consecuencias fué principalmente su introducción en el país de Appenzell (1587), donde el Padre Luis, un convertido procedente del antiguo linaje sajón de los señores de Einsiedel, que había recibido una sólida formación teológica en el colegio de los jesuítas de Lucerna (3), obtuvo extraordinarios éxitos con su fogosa elocuencia. Mientras por Pascua de 1587 sólo de 40 a 50 hombres habían confesado y comulgado, por Navidad ya lo habían hecho más de 300. También muchos apóstatas de la fe católica habían vuelto a la Iglesia (4). El Padre Luis predicaba con preferencia sobre la Pasión de Cristo, para expiar con ello el haberse burlado en otro tiempo de la procesión de viernes santo cuando era estudiante retozón (5).

Sirvieron mediatamente para la reforma católica los afanes de Santoni por facilitar un ajustamiento entre el obispo basiliense Jacobo Cristóbal Blarer de Wartensee y la ciudad y cantón de Basilea. Con la terminación de estas contiendas obtuvo el excelente Blarer libertad de acción para una fructuosa labor eclesiástica en su diócesis (6).

(1) Hirn, II, 395 s.; Schmidlin, 361 s.; Mayer, I, 91 s.

(2) V. Ehses-Meister, I, LXIX; Mayer, I, 297 s., II, 99, 236.

(3) V. Chronica prov. Helv. ord. Capuc., 20 s., 50 s. Cf. Ritter, La división del país de Appenzell, Trogen, 1897, apéndice, II s.; Scheiwiler en la Revista de hist. eclesiástica suiza, X, 241 s.

(4) V. Mayer, II, 223. Reclamaron también la atención de Santoni los disturbios de la ciudad de Mülhausen conocidos con el nombre de pendencia de Finninger. La circunstancia de que la oposición de allí procuraba su apoyo en los cantones católicos, despertó la esperanza de reducir esta ciudad a la Iglesia. Para este caso prometió Sixto V a los cantones católicos la más vigorosa ayuda y tuvo dispuestos 100 000 escudos. Pero todos estos planes se frustraron por la conquista de la ciudad de Mülhausen por los cantones protestantes, efectuada en la noche del 24 al 25 de junio de 1587. Cf. Tempesti, I, 602 s.; Segesser, Pfyffer, III, 1, 193 s.; Ehses-Meister, Relaciones de nunciatura, I, LXIX, 253 s., 275, 263; Dierauer, III, 278 s.; Hürbin, II, 268, 274.

(5) V. la carta de L. v. Gennep en Janssen-Pastor, V, 222.

(6) V. Ehses-Meister, I, LXVIII, 225 s., 229, 239 s., 243 s., 249 s.; Mayer,

Santoni en sus conatos reformatorios había hallado activo apoyo en los gobiernos cantonales, los cuales aprobaron enteramente sus severas disposiciones para el restablecimiento de la disciplina del clero (1). En cambio encontró violenta resistencia singularmente en Lucerna en su tentativa de quitar al poder civil el nombramiento y confirmación de los beneficiados y párrocos, el ejercicio de juzgar al clero y del derecho de imponerle tributos. El apasionado italiano del sur, que, lleno de santo celo, quería poner *al punto* en vigor las determinaciones canónicas contra la costumbre abusiva, pero explicable por la larga ausencia del obispo, no era el hombre a propósito para ordenar este espinoso estado de cosas. El alcalde de Lucerna Fleckenstein se le opuso con igual violencia. Manifestó Fleckenstein, que deseaba que el demonio volviese al nuncio de donde había venido. Con grandísima obstinación persistió el concejo de Lucerna en imponer al cabildo de allí un impuesto que le despojaba de la parte principal de sus rentas. En vista de esto el nuncio citó al concejo a la iglesia de los jesuítas y le amenazó con la excomunión ante el Santísimo Sacramento expuesto. No puede causar maravilla, que semejante proceder causase indignación. El concejo se dirigió al punto directamente al Papa con una carta de quejas. Éste, que sabía bien cuán poco se podía alcanzar de los suizos por fuerza, conoció que la posición de su nuncio se había hecho insostenible. El 15 de agosto de 1587 dió a Santoni la orden de volver, la cual se fundaba en su ancianidad a la que se quería tener consideración, y en lo perjudicial del clima de Suiza (2).

El 19 de septiembre de 1587 nombró Sixto V sucesor de Santoni (3) al obispo de Alejandría, Octavio Paravicini, discípulo del docto Baronio (4). Pocas veces se ha visto una elección tan acreditada como esta. A pesar del profundo disgusto que halló el nuncio hasta en un varón tan fielmente católico como Luis Pfyffer, su talento diplomático logró en tiempo extraordinariamente breve res-

I, 97 s., 294 s., y K. Gauss en la Revista de Basilea de historia, XXI (1923). Sobre Blarer cf. nuestros datos del vol. XX.

(1) V. Segesser, Historia del derecho de Lucerna, IV, 467 s.

(2) Cf. Tempesti, I, 541 ss.; Riedweg, Hist. de la colegiata de Beromünster, Lucerna, 1881, 321 s.; Segesser, Pfyffer, II, 101 s.; III, 1, 287; Ehses-Meister, I, LXXI, 266 s.; Mayer, I, 304.

(3) El breve de 19 de septiembre de 1587 se halla en el Archivo para la hist. de la Reforma en Suiza, II, 69. Cf. la carta de Montalto en Ehses-Meister, I, 270 y los documentos publicados por Wirz, 427 s., 432.

(4) Cf. Mayer, I, 309, nota 3.

tablecer enteramente las relaciones perturbadas. Por ambas partes se reconoció claramente, que el fin común, la conservación de la antigua fe, no se podía alcanzar sino mediante la mayor concordia posible. Procurando reconciliarse mutuamente con toda sinceridad, se formó pronto una perfecta confianza, que produjo los más hermosos frutos. El tan influyente Pfyffer fué el mejor amigo de Paravicini; le enteraba de todos sus planes. Como suizo amante de la libertad se expresó Pfyffer sin reserva aun sobre la conducta del Papa, pero mostró siempre en ello su inquebrantable adhesión a la Santa Sede y a la causa de la fe católica. Por efecto de su extensa correspondencia estaba Pfyffer en activa comunicación no solamente con toda Suiza, sino también con Francia y Alemania; con esto podía facilitar al nuncio las noticias más heterogéneas. También mantenía Paravicini activo trato con Melchor Lussi, de Stans, que junto con Pfyffer era el más notable representante de la Suiza católica. Después de las dietas católicas el nuncio invitaba a su mesa a los diputados, lo cual produjo tan buenos resultados, que se recomendó esto a todos sus sucesores (1).

Como acabado diplomático Paravicini tenía por máxima oír siempre más que hablar. Muy circunspecto en hacer valer sus propias opiniones, sabía con todo defender la política de su señor con tanta prudencia como habilidad. Esto se mostró particularmente cuando en los años 1588 y 1589 la actitud prudentemente expectante del Papa respecto de los negocios de Francia excitó graves malas inteligencias entre los suizos enteramente adictos a la Liga. Entonces fué cuando Pfyffer se dirigió directamente al Papa. Con libertad de ánimo le expuso las perjudiciales consecuencias que traería en pos de sí su negativa a pagar el sueldo prometido por el cardenal legado Caetani para los regimientos suizos llamados en auxilio de la Liga (2).

Paravicini había sido provisto por Sixto V de extensas facultades para la reforma del clero secular y regular de su nunciatura (3). Su mira principal púsole desde el principio en un mejoramiento de

(1) V. Segesser, Pfyffer, III, 1, 289 s., donde se han utilizado las relaciones de nunciatura de Paravicini, que se hallan en el *Archivo secreto pontificio*. La afirmación tomada por Segesser de Ranke respecto a la nunciatura de Suiza como puesto de observación, según Ehses-Meister (I, LXXIX) no es exacta para el tiempo de Paravicini. Cf. también los extractos de las relaciones de Paravicini comunicados por Mossmann (*Un échec de Henri IV en Alsace*, 43 s.).

(2) V. Segesser, Pfyffer, III, 1, 293 s., IV, 86 s.; Mayer, I, 324 s.

(3) V. Wirz, 427 s.

la disciplina eclesiástica en Suiza, cuyo estado de cosas llegó a conocer tan a fondo en todo respecto, aun en el material, que al leer sus informaciones (1), vienen a la memoria las célebres relaciones de los embajadores venecianos. La actividad reformatoria desplegada de esta manera por Paravicini fué muy extensa. Intervenia donde podía, no sólo en Suiza, sino también en Constanza. Visitaba parroquias y monasterios, instaba al apartamiento del concubinato y a la observancia de la clausura. También trabajaba ejercitando los ministerios espirituales con los prójimos. Repetidas veces distribuyó por sí mismo la sagrada comunión, en Baden y más tarde en Lucerna administró a muchos centenares el sacramento de la confirmación (2). Tomó muy a pechos Paravicini apoyar la actividad de los jesuitas y capuchinos en Suiza. Los jesuitas, de que se sirvió también el nuncio para la reforma de algunos conventos de monjas, desplegaron en Lucerna en la cura de almas una actividad sumamente fructuosa, que extendieron también a los pueblos y cantones circunvecinos (3). El desenvolvimiento de su colegio fué desgraciadamente atajado, pues el concejo impidió la libre disposición en la admisión, especialmente de extranjeros (4). Paravicini en el año 1588 puso personalmente la primera piedra de la nueva iglesia de los jesuitas en Lucerna, cuyos gastos de edificación había tomado sobre sí enteramente Luis Pfyffer (5). A los sermones de los jesuitas y a sus catecismos en Lucerna acudía muy extraordinaria muchedumbre de gente. Para la administración de los sacramentos no era suficiente el número de los Padres (6). No menos fructuosamente trabajaban los capuchinos, de lo cual Paravicini daba cuenta a Roma con frecuencia. El 16 de octubre de 1588 consagró Paravicini la nueva iglesia de los capuchinos, edificada sobre el Wesemlin junto a Lucerna, la cual se ha hecho célebre como lugar de peregrinaciones, y al año siguiente los Padres

(1) Cf. la relación sobre la potencia económica de los diversos cantones suizos en Segesser, Pfyffer, III, 1, 292, nota 3.

(2) V. Mayer, I, 122 s., 310 s., 313 s., 316 s., 318 s., II, 27 s., 53, 56, 74, 162, 181, 237 s.

(3) V. Duhr, I, 216 s., 483. Paravicini aconsejó también al obispo de Basilea servirse de los jesuitas en Laufen; v. su carta en J. Burckhardt, *La contrarreforma en las antiguas bailías de Zwingen, Pfeffingen y Birseck*, Basilea, 1855, 138 s.

(4) V. Grüter, *El colegio de Lucerna bajo el gobierno del primer rector P. M. Leubenstein* (1905), 56.

(5) V. Duhr, I, 622.

(6) V. *ibid.*, 217.

pasaron a habitar el convento contiguo. En 1588 los capuchinos habían ido también a Soleura. Allí como en Appenzell y Baden el nuncio promovió según sus fuerzas la construcción de los conventos de capuchinos. En todas sus iglesias erigieron los capuchinos en 1589 cofradías del santo Rosario. En junio del mismo año se juntaron en Lucerna los superiores y delegados de los siete conventos ya subsistentes en Suiza (Altdorf, Stans, Lucerna, Schwyz, Appenzell, Soleura y Baden), eligieron un provincial con tres definidores y constituyeron así la *Provincia suiza de los capuchinos* (1).

Paravicini vió todavía muchas veces los frutos de su actividad. Cuando en la primavera de 1589 se hizo en los cantones católicos la «grande oración» por las propias necesidades y las de los católicos de otros países, mostró el pueblo la mayor devoción. El nuncio refiere a Roma, que en ninguna parte había visto todavía semejante fervor (2). Esto lo confirman también las noticias de los jesuitas. Mientras en el año 1575 el número de los que se acercaron a la sagrada mesa en las parroquias fuera del tiempo pascual se indica haber sido aproximadamente 300, en 1588 subió a más de 10 000, y en 1589 a más de 12 000 (3). De la mudanza de toda la vida pública en Lucerna, que se debió en gran parte a los jesuitas, da cuenta el escribano de aquel ayuntamiento Renward Cysat: «En las diversiones mundanas se ha efectuado una considerable reforma, y se ha visto evitar el beber, bailar, jugar y cosas semejantes, se ha alejado de la calle a la gente bribona y ruin, prohibido los cantos, la escandalosa algazara y estruendo de noche, suprimido el ir enmascarado y con lujosos atavíos, y vedado los alborotos nocturnos. Se han desterrado las malas mujeres, y en cambio muchas han hecho «Vota Castitatis»; el adulterio, que era tan manifiesto, y el concubinato tan deshonesto, que era tan común, que se lo tenía más por costumbre que por pecado, todo esto ha quedado ahora en gran manera prohibido. Los domingos y días de fiesta se predicán tres sermones durante todo el año, muchas veces también en otros días. ¿Qué se ha de decir de los excelentes frutos que esto ha producido, que son de tal suerte que

(1) V. Chronica prov. Helv. ord. Capuc., 26 s.; Mayer, I, 321, II, 222 s., 225, 237 s., 240 s.; Revista de hist. eclesiástica de Suiza, X, 270 s.

(2) V. Mayer, I, 320. Sobre la «grande oración» cf. Lütolf en el Amigo de la historia de Suiza, XXII (1867), 99 s. y Ringholz en la Revista de hist. eclesiástica de Suiza, XI, 2.

(3) V. Fleischlin, De los anales del gimnasio de Lucerna, en las Rosas mensuales de Lucerna, XXVI, 135.

en la vida pública de los hombres de superior e inferior categoría se advierte una maravillosa mudanza? Algunos feroces y malvados se han vuelto temerosos de Dios, como de lobos corderitos, a los cuales sin embargo antes ni los superiores civiles ni eclesiásticos podían sujetar. Así parece a cada uno, que sólo ahora ha tenido juicio, y al comparar su anterior modo de ser se le figura haber despertado del sueño y estar en otro mundo» (1).

En las cuestiones político-eclesiásticas, en cuya solución Santoni había tenido mal éxito, mostraba Paravicini la mayor condescendencia en la forma, al paso que sabía eludir hábilmente concesiones materiales. Atendiendo muy cuidadosamente a evitar todo conflicto con el poder civil y a allanar las escabrosidades existentes, logró hallar el justo medio y conseguir un proceder concorde con la autoridad civil. Al llegar a ser de esta manera hasta amistosas sus relaciones con los gobiernos, ganó también importante influencia en los negocios políticos (2).

La prudente conducta de Paravicini favoreció extraordinariamente a su labor reformatoria. Las autoridades con sus leyes apoyaban de buen grado en sus territorios las prescripciones de reforma del concilio de Trento, a cuya ejecución instaba en todas partes Paravicini. Es notable la circunspección que observaba aun en este negocio que tenía tan en el corazón. Cuando Lussi le propuso que en una dieta general se tratase sobre la publicación y ejecución de los decretos tridentinos aun para las bailías generales, recusólo, porque la resistencia que era de esperar en semejante proceder podía traer consigo dificultades imprevistas (3).

Gran atención prestó Paravicini a los sucesos de Appenzell. El conato de los herejes iba dirigido en este cantón a penetrar también en las partes interiores que habían permanecido católicas, especialmente en la capital, contra el decreto de la asamblea general de la nación de 1524, confirmado en marzo de 1587, el cual había dejado la decisión sobre la religión en las parroquias del país al juicio de la mayoría de los feligreses. Con todo los católicos, inte-

(1) V. Troxter, El gimnasio de Lucerna y Lucerna (1823), 38 s.; Segesser, Historia del derecho de Lucerna, IV, 572, nota 1.

(2) V. Segesser, Historia del derecho de Lucerna, IV, 480 s. y Pfyffer, III, 1, 288 s. Cf. también Mayer, II, 118 s., 142 s.

(3) V. Segesser, Pfyffer, III, 1, 289. Cf. también Mayer, I, 319 sobre la circunspección de Paravicini respecto de una intervención reformatoria en el obispado de Basilea.

riormente fortalecidos por la actividad del prudente y perspicaz capuchino Luis de Sajonia (1), se mostraron resueltos a mantener su unidad religiosa, en lo cual fueron confirmados por el nuncio y los cantones católicos. Sabían muy bien, que si seguían propagándose las nuevas doctrinas, era inminente la completa supresión de la antigua fe. Los protestantes de Appenzell dirigiéronse en 1588 a sus correligionarios de los distritos exteriores (Ausserrhoden), y éstos parecieron querer acudir en su ayuda. Sin embargo como los de Zurich no quisieron intervenir, muchos reformados de Appenzell hubieron de emigrar a la parte extrema del cantón. La excitación al fin creció tanto, que el 11 de abril ambas partes del país tomaron las armas. El 23 de abril se celebró una asamblea general de la nación, a la cual asistieron diputados de todos los cantones confederados. Al día siguiente se llegó a un convenio que renovó el estatuto de 1524. Conforme a esto los reformados que todavía quedaban en Appenzell, hubieron de mudar de religión o emigrar (2).

Paravicini en este ajustamiento, que aseguraba al país interior de Appenzell la unidad religiosa, vió con razón un importante buen éxito. La conversión de uno de los alcaldes del país le llenó de confianza de que todo el cantón volvería a la antigua Iglesia (3). Sixto V compartió las esperanzas de su nuncio; en un consistorio de 20 de junio de 1588 dió cuenta a los cardenales del restablecimiento de la antigua Iglesia en los montes de Appenzell (4). En 31 de julio del año siguiente indicó, asimismo en un consistorio, los progresos de la fe católica en Suiza, en lo cual veía una visible demostración de que Dios no desampara a su Iglesia (5). Repetidas veces Sixto V habló también en los consistorios de la actividad de restauración del obispo de Basilea, Blarer de Wartensee (6). El Papa pudo referir el 29 de noviembre de 1589, que este hombre enérgico había vuelto a la Iglesia en Laufen cinco mil

(1) Cf. Revista de historia eclesiástica suiza, X, 270.

(2) V. Segesser, Pfyffer, III, 1, 307 s.; Ritter, División del país de Appenzell, 26-38.

(3) V. la carta de Paravicini en Ritter, loco cit., apéndice, XVI s. Cf. Mayer, II, 277 s.

(4) V. \*Acta consist. en el *Archivo consistorial del Vaticano*.

(5) V. *ibid.*

(6) Sobre esto cf. Burckhardt, Contrarreforma (v. arriba, p. 117, nota 3); Vautrety, Hist. des évêques de Bâle, II, 135 s. V. también las monografías citadas por Dierauer, III, 354, nota 2, entre las cuales con todo falta Mayer (II, 211, 282 s.).

almas (1). El 30 de abril de 1590 volvió el Papa de nuevo sobre los progresos de los católicos en Appenzell y en los territorios del obispado de Basilea (2).

Confirmáronse en sus esperanzas el Papa y su nuncio, cuando en el año 1590 el hábil margrave Jacobo III de Baden-Hochberg aceptó la fe católica (3). El 18 de julio este príncipe eminente por su formación científica como por su pureza de costumbres comunicó al nuncio de Suiza su vuelta pública a la Iglesia católica efectuada tres días antes, y su resolución de hacer uso del derecho de reforma otorgado por la paz religiosa de Augsburgo, el cual le hacía posible traer de nuevo también a sus súbditos a la antigua fe (4).

La conversión del margrave Jacobo de Baden, que no se efectuó como en Enrique IV por política y a causa de un trono, sino por pura convicción alcanzada tras largas luchas (5), tuvo tanta mayor resonancia en toda Alemania y Suiza, cuanto era el primer ejemplo de este género desde que estalló la escisión religiosa. Tuvo parte esencial en este feliz suceso, además del docto Juan Pistorio, Paravicini y el duque de Baviera, Guillermo V, el incansablemente activo guardián de los capuchinos de Appenzell, Padre Luis (6). Sixto V comunicó a los cardenales este importante suceso en un consistorio de 13 de agosto de 1590, y dispuso que el 18 se cantase un solemne tedéum en la iglesia nacional alemana del *Ánima* (7). Como Paravicini, así también él enlazó con tal acaecimiento muy vastas esperanzas para el progreso de la religión católica en los países de los margraves, como también para una favorable repercusión en la situación religiosa de Suiza. Sin embargo todas las esperanzas de este género se desvanecieron, cuando Jacobo III murió súbitamente el 17 de agosto y su sucesor y hermano Ernesto Federico expulsó al

(1) V. Acta consist., 869 (en vez de Zuichem léase Zwingen). Cf. Mayer, II, 211, así como también la \*relación del embajador veneciano de 11 de noviembre de 1589, en el *Archivo público de Venecia* y la \*Relatione della conversione della città di Laufen, Thiengen [Zwingen] con 5 altri luoghi 1589, en las *Miscell. Franciae*, I, 22, p. 306 s., *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Acta consist., 872.

(3) Cf. Janssen-Pastor, V, 418 s., donde están utilizadas las copiosas obras especiales.

(4) V. Ehses, II, 490 s.

(5) V. Ehses, II, LXI.

(6) Cf. Weech en la Revista para la hist. del Rin superior, nueva serie, VII (1892), 663 s.

(7) V. las fuentes citadas por Schmidlin, *Ánima*, 437 s. Cf. también la \*carta de Badoer de 18 de agosto de 1590, *Archivo público de Venecia*.

punto a los sacerdotes católicos, introdujo de nuevo la religión protestante, y a pesar del testamento del difunto hizo educar a los hijos de éste de un modo protestante (1). La buena suerte preservó de experimentar este desengaño a Sixto V que por un breve de 18 de agosto había expresado a Jacobo III su extraordinaria alegría por la vuelta del mismo a la Iglesia (2).

(1) Cf. Janssen-Pastor, V, 424 s.

(2) V. Archivo diocesano de Friburgo, IV, 111 s. Cf. Ehses, II, 492, nota.

## VII. Planes de cruzada de Sixto V. Sus relaciones con Venecia y con Esteban Batori. La doble elección en Polonia. Muerte del Papa

### I

Un Papa que como Sixto V tenía siempre ante los ojos en tan alto grado los intereses generales de la cristiandad, no podía permanecer indiferente a vista del peligro de los turcos. La idea de la lucha de la cruz contra la Media Luna, que inspiró versos inmortales a su contemporáneo Tasso, fuéle infundida especialmente por las tradiciones de su Orden, cuyos miembros después de la conquista de Palestina fueron los únicos que mantuvieron allí valerosamente su puesto, y con sacrificada abnegación quedaron siendo la guardia del Santo Sepulcro.

Por eso no puede causar maravilla que entre los grandes proyectos que ocuparon a Sixto V después de su elección, se hallase también el plan de una cruzada contra los turcos. Cuán desfavorable era para semejante empresa toda la situación política de Europa, sólo poco a poco llegó a conocerlo, pues en este terreno era todavía nuevo e inexperto. Primeramente sólo vió un impedimento: el estado dificultoso de la hacienda pontificia. Manifestó a los comienzos de su reinado, que si tuviera el dinero necesario, daría principio a una grande empresa contra los turcos. Habló sobre esto con tanto fuego, que muchos creyeron, que un día imitaría el ejemplo de Pío II, poniéndose en persona al frente de una cruzada, para arrastrar consigo de esta manera a los otros príncipes cristianos (1).

(1) V. Priuli, Relazione, 308 s. Cf. las \*cartas de Priuli de 30 de noviembre y 28 de diciembre de 1585, *Archivo público de Venecia*; además Mutinelli, I, 171 s.